



## LOS JÓVENES.

---

Se ha traído y llevado estos días á nuestra juventud de Ceca en Meca (de periódico en periódico quiero decir), á propósito de sus méritos y deméritos, de su presente significación y de lo que puede representar en lo futuro. Censúranla unos, ensálzanla otros, desprécianla los de más allá y no consiguen ponerse de acuerdo.

Como el asunto es de actualidad y de actualidad han de ser las crónicas, y yo tengo contraída la gratísima obligación de escribir una, me parece momento oportuno para decir algo que respecto del particular se me ofrece.

Conste que no hablo en clase de joven.— ¡Ojalá!—Quien, como yo, cumplió los 35 años, quien tiene algunas arrugas en la cara, bastantes canas en el pelo y no pocos desengaños en el corazón, no puede ya oficiar de joven; salta á la vista ajena, peor aún, á la propia, que no lo es, y fuera inútil querer disimularlo.

Tan inútil como sería; porque si las canas se tiñen con cosméticos y las arrugas se disfrazan con afeites, no es posible teñir con esperanzas los desengaños y disfrazar con prometimientos las decepciones. ¿De qué sirve la existencia de oficios empleados en restaurar contratiempos—cumpletiempos estaría mejor—de la epidermis, si no los hay hábiles para componer desvencijaduras del alma? ¿A qué carnavalear con los extraños para cuaresmar con uno mismo?... Resultaría estúpido, y yo no cometo estupideces á sabiendas. Por si alguien me obsequiaba con ésta, aprovecho la ocasión para dimitir mi juventud.

No significa lo dicho que me declare viejo; fuera estupidez del tamaño de la anterior, el *contrapunto* que dice el municipal de la *Frescachona*... Y voy con los jóvenes y dejo de hablar de mí. Bastante hablan otros para que yo me tome la molestia.

La juventud de ahora, escriben por ahí, es una juventud deficiente, pequeña, falta de energías, de aspiraciones nobles, de propósitos levantados, de grandes ideales; ni tiene firmeza, ni atrevimiento, ni carácter propio, ni personalidad, ni nada. Es una juventud imposible.

Los que hablan así, sólo hablan de la juventud literaria; sólo contra la juventud literaria arremeten; sólo á la juventud literaria censuran. Con la otra juventud no va el *anathema*. La juventud que politiquea, la que anda en ciencias, la que se sustenta de las armas, la que combina notas ó pinta cuadros ó vive de empleos oficiales, está libre de tan acerbo juicio, nadie la critica. Únicamente á la juventud literaria se pone en cerco

para combatirla y en entredicho para negarla. No parece sino que la juventud literaria es planta exótica importada á España desde la luna, y por tal causa sin relación ni semejanza con la juventud de que forma parte.

¿No es así? ¿Pues por qué se habla exclusivamente de la juventud literaria? ¿Por qué no se habla de toda la juventud? ¿No sería más justo? Claro que sí. ¿Por qué no, entonces? ¿Por qué?... Porque al hablar de toda la juventud, al acusarla en globo de decaimiento, habría que estudiar las causas de este decaimiento, y al estudiarlas acaso, y sin acaso, caería la culpa, no sobre la generación actual, sobre quienes formaron el ambiente donde la actual generación pelea y vive.

¿Qué han encontrado los literatos jóvenes al venir á la *vida pública*? ¿En qué atmósfera nacieron? ¿Con qué literatura se han nutrido? ¿Qué camino habían abierto á sus ojos los escritores de la generación anterior? ¿Dónde estaba el Balzac viejo que sirviese

de arranque á los Zolas futuros? ¿Dónde el pezón que alimentase con raudales de genio á la juventud hambrienta de enseñanzas?... Declaro que los nuevos sólo hallaron biberones calcados en moldes extranjeros, ó hechos con cristales viejos del derribo romántico. Una lactancia artificial en la que había poca leche de recibo: ese fué el tratamiento empleado con ellos; porque hay que confesarlo: á los literatos recién nacidos se les ha tratado y se les trata con muy mala leche.

Y lo que digo de los literatos puede aplicarse á toda nuestra juventud.

No ha encontrado ambiente para desarrollarse con grandeza. Aquí todo es pequeño: la política, la ciencia, el arte; los padres de esta juventud han construído para ella una casa tan baja de techos, que hasta los más altos intelectualmente necesitan tener, si quieren vivir, contextura de *clac*; la caja que los guarda es chica, y para estar dentro de ella deben, so pena de hacerse añicos contra la tapa, de permanecer encogidos, contrahe-

chos, con los muelles aplastados, esperando la ocasión de estirarse.

. Así viven los *clacs*; así vive también la juventud, adaptándose al medio, conformándose con la estructura de la caja que le cupo en suerte; cierto de que sólo cuando lleguen días de baile podrá hacer uso de sus resortes y lucir su verdadera altura. ¿Es culpa de ella ó de la caja? Ustedes verán.

Yo diré lo que he visto.

Yo he tratado de cerca á esa juventud, la he oído hablar, expresarse, sentir sin falsilla, cuando el cerebro se abre, como las ventanas á la luz de la primavera, de par en par, enseñando el fondo de las habitaciones, cuando el corazón late á flor de pecho y permite seguir sus latidos sobre la piel. He tratado á esos jóvenes, les conozco por dentro y sé que valen más, mucho más de lo que sus detractores imaginan. Tienen ideales grandes, descubren horizontes nuevos; pero el medio es hostil á sus ideales y está cerrado á los horizontes por ellos entrevistados. ¿Dón-

de van á exponer los primeros? ¿Desde qué sitio van á señalar los segundos?

En ninguno; desde ninguno. Como todas las formas de publicidad han de responder á las exigencias del medio, y nuestro medio es asustadizo y sólo quiere manifestaciones apaisadas hechas á patrón, los periódicos, que de la publicidad viven, á su público se acomodan, y lo que su público desea le ofrecen los editores, que para vender libros lo son, compran aquellos que con las exigencias del mercado se condicionan, y los empresarios de teatros admiten aquellas obras que, correspondiendo á los gustos del público, pueden ser del público aplaudidas. Esto es lógico y sería injusto censurarlo.

Pero si esto es lógico, no lo es menos que los jóvenes quieran vivir de su trabajo y que para conseguirlo fabriquen mercancías cotizables. Hay que comer, y el estómago no da espera.

Se dirá que una juventud así no es una juventud sublime, dispuesta á sacrificarse

por el ideal. Ciertó. Pero convengamos en que si ésta no es una generación de mártires, tampoco lo fué la pasada. Y convengamos en que si la generación pasada encontró quien la alentase y sostuviese, ésta sólo encuentra quien la vapulee y desdeñe.

Porque ahora se ha dado en la flor de *reventar* á todo el que empieza. ¿Esperanzarle? ¿Ayudarle?... ¡Sí, sí!... Un día de éstos.

¿Es usted joven? ¿Quiere ser literato? Pues como no debute de Shakespeare, de Víctor Hugo ó de Cervantes, al hoyo; palo y tente tieso; no hay piedad. Cualquiera diría que los que le juzgan debutaron de genios.

En fin, esto sería lo de menos; lo malo es que la suprema razón del encogimiento de la juventud española depende del ambiente que se respira.

Atraviesa hoy España un momento que guarda grandes relaciones con aquel otro de nuestra historia, admirablemente descrito

por Moret en una conferencia del Ateneo: el representado por la corte de Carlos IV.

Todo era entonces miseria, pequeñez, pobreza material, estancamiento moral, atrofia de cerebros, ceguera de conciencias, flaqueza de energías, penuria de ambiciones, falta de ideales... España parecía un pueblo muerto; la juventud era una juventud de petimetres y de chulos... Y, sin embargo, aquella juventud tuvo ocasión de ser grande, heroica, sublime, y lo fué.

¿Quién sabe si á ésta no se le ofrecerá también ocasión para serlo?...

Vale la pena de aguardar un poco antes de juzgarla.

